

Premio Paul Grüninger 2011

## **Ruth Roduner-Grüninger: Saludo de bienvenida**

Queridos amigos, queridos invitados,

Me complace darles la bienvenida a todos ustedes, en nombre de mi familia y de la Fundación Paul Grüninger, a la ceremonia de entrega del premio Paul Grüninger en su edición 2011.

En el municipio de Au hay, camino de la iglesia, una placa conmemorativa que dice:

“En esta casa vivió Paul Grüninger, comandante de la policía del cantón de Sant Gallen, desde 1955 hasta su muerte, el 22 de febrero de 1972. En los años 1938 y 1939 salvó a varios cientos, quizás miles, de judíos y refugiados de la persecución nacionalsocialista permitiéndoles la entrada a Suiza a través del valle del Rin en Sankt Gallen. Su actuación violaba las órdenes del gobierno suizo. Como consecuencia, en 1939 fue destituido fulminantemente de su cargo y en 1940 condenado por la justicia. En 1995 –55 años más tarde y 23 después de su muerte– el juzgado comarcal de Sankt Gallen repitió el proceso y lo absolvió.”

En 1998 el parlamento cantonal aprobó la concesión de una compensación material e indemnizó a los descendientes por la pérdida salarial y de pensiones con un millón trescientos mil francos suizos. La familia entregó esta cantidad a la Fundación creada el 8 de noviembre de 1998, que otorga cada tres o cuatro años el Premio Paul Grüninger dotado con 50.000 francos suizos y se concede a personas u organizaciones que se han distinguido, de acuerdo con los valores de mi padre, por su extraordinaria calidad humana, coraje y falta de prejuicios.

La primera galardonada fue la médica afgana Sima Samar en el año 2001, quien obtuvo el premio por su valiente compromiso en favor del derecho de las mujeres afganas a la sanidad y la educación.

El premiado del año 2004 fue Damas Mutezintare Gisimba, natural de Ruanda, quien durante el genocidio de 1994 ocultó a muchas personas, protegiéndolas de sus asesinos y proporcionándoles un techo, y se enfrentó a los perseguidores con valentía poniendo en peligro su propia vida.

Estos dos galardonados pudieron ser honrados personalmente aquí en Sant Gallen, mientras que hace cuatro años lamentablemente esto no fue posible. La entrega del premio en su edición de 2007 tuvo que realizarse con una ceremonia simbólica, pues los dos activistas de los derechos humanos, un hombre y una mujer de Uzbekistán, a quienes les fue concedido un premio de 25.000 francos respectivamente, no pudieron participar en una ceremonia oficial por tener que permanecer en el anonimato. Nos consta que ambos se han empleado con extraordinario valor en favor de los derechos fundamentales en Uzbekistán, lo cual les ha acarreado grandes perjuicios.

Hoy celebramos la cuarta edición de la entrega del Premio Paul Grüninger. Tras un examen detenido de las numerosas propuestas y recomendaciones recibidas, el consejo de la fundación ha decidido conceder el Premio Paul Grüninger 2011, dotado con 50.000 francos cada uno, a:

la Organización Femenina Popular (OFP) de Colombia

y a

la señora Daniela Stirnimann-Gemsch, de Valzenia (Suiza).

El compromiso con los derechos humanos de las galardonadas responde a todas luces a las exigencias requeridas para la concesión del premio, como ustedes podrán comprobar al oír los discursos de Martin Pollack, Nils de Dardel y Otmar Hersche, miembros de la fundación. La señoras Yolanda Becerra Vega y Sandra Gutiérrez Torres de la OFP y la señora Daniela Stirnimann-Gemsch de Valzenia tendrán la ocasión de presentarse antes de la entrega del premio.

Finalmente quiero dar la gracias a la ciudad de Sant Gallen por el aperitivo que nos ofrece, al cual quedan invitados todos ustedes, así como por la cesión de la sala de actos Katharinensaal para la celebración de esta ceremonia. Cedo la palabra al concejal Nino Cozzio.

Ruth Roduner, Sankt Gallen, 11 de noviembre de 2011.

Entrega del Premio Paul Grüninger 2011

11 de noviembre de 2011 en la Katarinensaal de Sankt Gallen

### **Discurso de bienvenida pronunciado por Nino Cozzio, concejal del Ayuntamiento de Sankt Gallen y director de Asuntos sociales y Seguridad**

Antes que nada quiero felicitar a las dos galardonadas con el Premio Paul Grüninger en su edición del año 2011: la Organización Femenina Popular de Colombia, representada por Yolanda Becerra Vega y Sandra Gutiérrez Torres, y la señora Daniela Stirnimann-Gemsch. Pero más que una mera felicitación, las galardonadas merecen el agradecimiento por las obras por las cuales se las premia. En efecto, el Premio Paul Grüninger sólo se concede a personas u organizaciones que se hayan distinguido por su calidad humana, su coraje y su falta de prejuicios. Las elevadas cualidades humanas que presupone este premio en sus galardonados, son aquellas que el mismo Paul Grüninger demostró poseer en gran medida cuando en tiempos difíciles pasó a la acción. Posiblemente se trata también, aunque esta es una interpretación personal, de hacer llegar a tiempo a las galardonadas el reconocimiento que en vida fue negado casi por completo a Paul Grüninger. Hoy en día resulta difícil entender por qué se ha tardado tanto en rehabilitar su figura o al menos en reconocer el alto valor moral que ha de atribuirse a sus actuaciones y por qué se han tenido que superar tantos obstáculos en ese proceso.

El gran honor que tengo de transmitir un saludo en nombre del Ayuntamiento de Sankt Gallen con motivo de la entrega del Premio Paul Grüninger de 2011, me ha servido para reflexionar sobre la inmensa presión que debe de sufrir un comandante de la policía hasta pronunciar un no irrevocable y oponerse deliberadamente a las órdenes de sus superiores e incluso a la ley. Los miembros de la policía prestan juramento de respetar la Constitución y las leyes y actuar de acuerdo a las mismas. Por tanto es para ellos especialmente difícil decir “no” en aquellos casos en que la legislación o la autoridad superior exige un “sí”. Puedo imaginar que también Paul Grüninger recorrió un arduo y solitario camino hasta que decidió anteponer la moralidad a la legalidad. En efecto, en situaciones límite, en aquellas que requieren necesariamente una decisión, es difícil dar respuesta a esta pregunta, y hacerlo implica a menudo terribles conflictos de conciencia aunque el imperativo categórico de Kant pueda servir de pauta de actuación: “¿Puedo desear una ley general que obligue a devolver a las manos del perseguidor a aquellos que son perseguidos injustamente?” Paul Grüninger respondió ante sí mismo a esta pregunta con un “no” rotundo. En vista de lo que hoy en día sabemos acerca de las horribles infamias cometidas por el régimen tiránico más inhumano de todos los tiempos, el valor moral de la actuación de Paul Grüninger está, como no, fuera de toda duda, puesto que otorgándoles la posibilidad de permanecer en Suiza salvó a cientos de personas del asesinato en los campos de exterminio. Hoy en día esto resulta más que evidente, pero si enfocamos el asunto desde la óptica de aquellos tiempos es de suponer que Paul Grüninger no contaba con esta certeza absoluta a la hora de optar bien por el camino cómodo de una carrera y unos ingresos seguros, o bien por la decisión moral que conllevaba su deshonor oficial y lo abocaba a él y a su familia a la pobreza. Y digo „deshonor oficial“, puesto que ni la negación del reconocimiento ni la privación del honor por parte de sus conciudadanos son concluyentes para determinar si se ha actuado con justicia. Quien, como Paul Grüninger, respeta y protege la dignidad de todo ser humano, no puede perder el honor.

Como miembro del gobierno municipal de Sankt Gallen soy el encargado de Asuntos Sociales y Seguridad, y por consiguiente superior del comandante de la policía municipal y responsable político del trabajo del cuerpo de policía. Por tanto, la cuestión de si la figura de Paul Grüninger sigue teniendo relevancia hoy en día tiene que interesarme necesariamente. ¿Qué nos enseña Paul Grüninger? ¿Qué haría yo si en el cuerpo de policía que presido hubiera un Paul Grüninger que dijera “no” allí donde su juramento lo obliga a ejecutar unas leyes dictadas correctamente según las normas del Estado de Derecho democrático en el que vivimos? ¿Me sentiría orgulloso de su oposición o lo supeditaría todo a la imposición legal? Una pregunta difícil de responder, especialmente si se plantea fuera de contexto o sin poder contar al menos con la claridad del momento: vísperas de la Segunda Guerra Mundial, época en que nacionalsocialistas y fascistas ejercían la represión en los países donde gobernaban, marginando y torturando de forma arbitraria y más tarde –momento más ignominioso de la historia de la humanidad– asesinando sistemáticamente a millones de personas. ¿Dónde empieza hoy en día, aquí en Suiza, el derecho a oponer resistencia? ¿En qué momento la negación

consciente de leyes dictadas por el Estado de Derecho se convierte en un deber? Cuanto más desarrollados están la democracia y el Estado de Derecho, tanto más difícil resulta justificar la legitimidad de la resistencia y el comportamiento contrario a derecho, puesto que es, en principio, el Estado de Derecho quien proporciona los instrumentos necesarios para evitar una inminente comisión de injusticia o reparar las consecuencias de un acto ilegal.

¿Carece, pues, Paul Grüninger de actualidad en el presente? ¿Es una personalidad, si bien importante, de relevancia puramente histórica de la que podemos estar orgullosos porque en su momento hizo llamear una vela en la oscuridad? No. Estoy convencido de que también hoy aún podemos guiarnos por el ejemplo de Paul Grüninger.

Y debemos hacerlo, sobre todo en el ámbito de la policía, integrado en mis competencias, al que quiero ceñirme en mi breve exposición. El ejemplo de Paul Grüninger y el hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial los derechos humanos han sido consagrados en el Derecho positivo, son razón suficiente para que en la formación de agentes de policía la cuestión de la proporcionalidad y hasta la legítima oposición a órdenes y decretos sean un tema a tratar. Es importante que este debate tenga lugar siempre. Sobre todo entre los miembros de la policía, quienes en virtud de las atribuciones soberanas que se les han otorgado, están legitimados y obligados a injerir, si tercia, en las libertades de las personas e incluso a hacer uso legítimo de la fuerza. Una y otra vez tienen que recordarse a sí mismos que la obligación moral y legal de ejercer la humanidad es expresión de una sociedad ilustrada que concede dignidad a todos y cada uno de los individuos que la conforman. De modo que Paul Grüninger debe estar presente tanto durante la formación de los jóvenes policías como durante su posterior vida profesional. Pero también debe acompañar el quehacer de todos aquellos a quienes el Estado concede competencias especiales para decidir por otros o incluso sobre otros. Todos nosotros, y especialmente los responsables económicos, cuyas decisiones afectan a la vida de millones de personas y por tanto deben guiarse por pautas éticas, debemos dejarnos guiar por el ejemplo de Paul Grüninger. He aquí, pues, la respuesta a la pregunta: la persona de Paul Grüninger, su conducta hondamente fundamentada en razones morales, tiene hoy tanta actualidad como durante la Segunda Guerra Mundial. En el famoso libro infantil de Antoine Saint-Exupéry el zorro se despide del principito revelándole su secreto: „Es muy sencillo. No se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”. Creo que Paul Grüninger conocía este secreto, aunque el libro de Saint-Exupéry no se publicó hasta 1943.

Premio Paul Grüninger 2011

## **Martin Pollack: Una cucharilla para mujeres valientes**

Laudatio

Vivimos tiempos turbulentos marcados por la inseguridad y la crisis. Los medios de comunicación nos lo dicen a diario, y nos embarga una preocupación creciente por el rumbo por el cual navegamos. ¿Cómo acabará esto, a dónde iremos a parar? Constatamos que otras cuestiones, no menos candentes, son relegadas a un segundo plano debido al terremoto financiero que sacude al mundo entero; las personas y sus problemas apenas aparecen en los informes periodísticos, como si se tratara de factores despreciables. Todo gira en torno a la cuota de deuda soberana, las aportaciones de consolidación, las tasas de interés, la recapitalización de los bancos y otros institutos financieros que supuestamente hay que salvar a toda costa del desplome. El mundo entero contiene el aliento mientras observa con el alma en vilo cómo importantes líderes soberanos acuden a reuniones convocadas de prisa y corriendo y en plazos cada vez más cortos, para debatir acerca de cómo superar la crisis, acabar con ella o al menos ponerle coto. Para lograr este objetivo se movilizan ingentes sumas de dinero, se anuncian ambiciosos paquetes de ayuda y planes de rescate financiero, cuyo alcance ya supera con creces la capacidad de imaginación del ciudadano y contribuyente medio. Si pienso en los inmensos recursos que se han empleado en los últimos años y que sin duda seguirán empleándose en el futuro para evitar el “peor caso posible”, del que algunos aseguran que ya lleva tiempo produciéndose, a veces me planteo una pregunta que puede sonar ilusa y hasta francamente ingenua: ¿Qué pasaría si...? ¿Qué pasaría si los responsables políticos y económicos, dispuestos a emplear inconmensurables cantidades de dinero para la superación de la crisis financiera, asignaran una mínima parte de esos recursos a la implementación de los derechos humanos, a la lucha contra el hambre en el mundo y las desigualdades sociales, contra la miseria de los refugiados y la violencia en sus múltiples manifestaciones: desde los ataques armados contra civiles indefensos hasta –una de las formas más péfidas de la represión– la violencia sexual contra las mujeres?

¿Qué pasaría si los políticos de Europa, los Estados Unidos, América Latina y de otras partes del mundo se tomaran en serio sus tareas haciendo realmente aquello para lo cual fueron elegidos en sus cargos, a saber, ocuparse primordialmente del bienestar de las personas? La respuesta es sencilla: si así fuera, no estaríamos aquí.

Si así fuera, la Organización Femenina Popular de Colombia podría dedicarse a otras tareas no menos importantes que la ayuda a los desplazados, a mujeres y niños perseguidos y amenazados. Estoy seguro de que en Colombia no faltan tareas de este tipo. Si así fuera, Daniela Stirnimann-Gemsch, vecina de la hermosa comuna de Valzeina en el distrito de Prättigau, cantón de los Grisones, y su marido Guido podrían dedicarse de lleno y con todas sus fuerzas a su explotación agrícola, a los huéspedes que se alojan en su granja ecológica y a la fabricación del maravilloso queso de cabra que en ella producen. Una explotación agrícola da mucho trabajo, lo sé por experiencia propia; vivo en Austria, en un pueblo del sur de Burgenland, en una vieja granja. No obstante lo que llamo mi propiedad es sólo un gran huerto con unos cuantos árboles frutales, una finca diminuta que, sin embargo, requiere mucho tiempo y esfuerzo.

Naturalmente no es nada realista esperar de los políticos ese compromiso con los derechos humanos, con los refugiados y perseguidos, los hambrientos y torturados. En Polonia se le llamaría a esta esperanza *marzenie ściętej głowy*, el sueño de un decapitado, es decir, algo que resulta sencillamente impensable, absolutamente inimaginable. Aun cuando en realidad sería lo más obvio. Pero la política, mal que nos pese, establece otras prioridades.

Tanto más agradecemos que existan personas que no se dejan amilanar por estas circunstancias, que no se cruzan de brazos ni bajan la cabeza ni apartan la mirada ante la injusticia infligida a otros, sino que se comprometen para que otros puedan llevar una vida digna; incluso si son extranjeros y también siendo muchas veces ellos mismos quienes necesitan ayuda.

Los que ayudan son una minoría. Siempre y en todas partes. Los que luchan por los derechos humanos, por los refugiados y los acosados suelen estar solos, luchando contra una fuerza superior. Se enfrentan en solitario a autoridades que en muchos casos entorpecen su quehacer, les ponen trabas en el camino y aun los criminalizan y los persiguen por ayudar a otros. Están solos cuando plantan cara a poderosos militares y paramilitares que apuntan con sus armas a ciudadanos pacíficos y atacan muchas veces, incluso preferente-

mente, a quienes ayudan, quienes osan oponerse a la injusticia y la violencia y se atreven a denunciarlas. Los que ayudan a menudo están solos pero no impotentes.

El hecho de que existan personas que tienen el coraje de hacer frente a la injusticia y a la arbitrariedad y lo hacen con medios pacíficos, que no son indiferentes ni apartan la mirada, sino que levantan su voz y, sobre todo, actúan, ese hecho ya es enormemente importante. Esta postura valiente es una exhortación a todos nosotros a seguir su ejemplo e implicarnos, protestar cuando ocurre una injusticia donde quiera que sea, cuando hay seres humanos que sufren humillación, y prestar ayuda en todas las formas que estén a nuestro alcance.

Naturalmente a veces no es fácil hacerlo, a veces se necesita mucho esfuerzo, mucho coraje. No estoy hablando de nuestros países, de esta parte de Europa a la que pertenecemos, aunque también aquí el compromiso por los derechos humanos, por los refugiados y los perseguidos puede suponer perjuicios para quienes se comprometen con esta causa, como muy seguramente habrá tenido ocasión de comprobar la señora Daniela Stirnimann-Gensch. No obstante, en otras partes del mundo este compromiso va ligado a riesgos mucho mayores.

En muchos casos las personas que ayudan se juegan su propia salud y seguridad y la de sus familias, incluso su propia vida. Son víctimas de persecución, reclusión, tortura y asesinato por su no conformidad con la injusticia y por alzar su voz a favor de otros que todavía son más débiles que ellos, que no tienen voz, que son impotentes de verdad o, mejor dicho, fueron reducidos a la impotencia. Una experiencia terrible pero cotidiana es el hecho de que la violencia hace impotente a las personas, les roba la voz, las obliga a humillar la mirada, a agachar la cabeza. Incluso la sola amenaza de violencia hace enmudecer a mucha gente, la incita a aceptar su destino sin oponer resistencia.

Cuando hablamos de la impotencia de los oprimidos y perseguidos no podemos olvidar una cosa: no tenemos derecho a criticar su postura; sería soberbio y atrevido hacerlo. Nosotros, habitantes de la parte segura y acomodada del mundo, no debemos arrogarnos saber cómo es la situación y la mente de quienes han sido desplazados, perseguidos, sometidos a tortura y violación y privados de su dignidad. Es imposible. No podemos imaginar lo que significa que alguien tenga que terminar el día sin saber si a la mañana siguiente o subsiguiente los esbirros vendrán a su casa, lo encerrarán sin presentar cargos, lo someterán a vejaciones o llegarán incluso a asesinarlo. En esta atmósfera de la amenaza, inimaginable para nosotros, se desarrolla el día a día de un gran número de quienes luchan por los derechos humanos, como es el caso de las mujeres de la Organización Femenina Popular.

Tanta más admiración ha de merecernos el hecho de que estas mujeres no se dejen intimidar aunque son plenamente conscientes de la amenaza que se cierne sobre ellas. Colombia no es una excepción, situaciones de esta índole existen en otros países de América Latina, Asia, África...

Pero también en Europa los defensores de los derechos humanos a veces tienen que temer por su vida; basta con mirar hacia Rusia, Bielorusia o Ucrania, donde de un tiempo a esta parte venimos constatando una pasmosa recaída en situaciones del pasado. No obstante, tampoco en estos casos tenemos derecho a mirar con desdén hacia estos países, sacudir la cabeza por lo que allí sucede y decir que es impropio del mundo civilizado.

No hace mucho tiempo que en pleno corazón de Europa hubo gente perseguida, torturada, confinada en campos de concentración, asesinada por su origen o por pertenecer a otro colectivo religioso; en muchos casos la violencia fue ejercida contra los propios vecinos, contra los que vivían al lado o en el pueblo siguiente. En mi calidad de periodista observé las guerras de Yugoslavia, las luchas, las masacres, las limpiezas étnicas, el odio mutuo atizado premeditadamente por políticos e ideólogos. Muchos de nosotros pensamos entonces que un estallido de violencia tan absurda dentro de Europa sólo era posible en los Balcanes, donde supuestamente aún habitaban salvajes. Hoy yo no estaría tan seguro.

En los años sesenta estudié en Varsovia. Cursé lengua e historia de la literatura polaca, y tengo desde entonces un estrecho vínculo con la literatura de ese país por mi actividad de traductor y publicista. Cuando empecé a estudiar en Varsovia no sabía aún que veintidós años antes también mi padre había estado en esta ciudad; si bien no como estudiante de la literatura polaca, sino en calidad de comandante de una unidad especial, de un destacamento, de un comando asesino. Mi padre, junto con el grupo de hombres bajo sus órdenes, hizo una sangrienta aportación a la represión del levantamiento de Varsovia en el verano de 1944. Decenas de miles de civiles inocentes fueron asesinados, entre ellos mujeres y niños; fueron abatidos a tiros, apaleados a muerte, quemados vivos dentro de sus casas por personas como mi padre, un ilustrado y civiliz-

ado europeo que estudió y se doctoró en Graz. Hubo muchos como él en Varsovia y no solo allí, sino también en Belzec, Auschwitz, Treblinka, en los bloodlands del Este de Europa, para citar el título de un libro del historiador norteamericano Timothy Snyder. En esa masacre estuvieron implicados austriacos y alemanes, miembros de naciones civilizadas de Europa. Entre la estancia de mi padre y la mía en Varsovia, entre los asesinatos en masa en los que él participó y mis estudios de la literatura polaca, mediaron veintidós años. Veintidós años es un lapso breve.

En aquellos años aquí referidos, Paul Grüninger, la persona que ha dado el nombre a los premios que hoy entregamos aquí, salvó a numerosas personas, judíos, a quienes facilitó la huida a través de la frontera suiza por entonces ya clausurada. Sin su valentía muchas de estas personas habrían perdido la vida, habrían muerto en los campos de exterminio. Paul Grüninger pagó por la vida de estas personas con la pérdida de su posición profesional y social, y sin embargo no dudó en oponerse a la injusticia y la violencia que reinaban entonces en gran parte de Europa.

Por tanto soy escéptico cuando se habla a veces de atrocidades inconcebibles cometidas contra personas inocentes en África, Asia o América Latina, lugares lejanos en cualquier caso. ¿De veras están tan lejos? En la lucha por los derechos y la dignidad humanos las mujeres juegan un papel destacado. Esto tiene una larga tradición histórica y literaria, basta pensar en el ejemplo de Lisístrata. La violencia, ejercida en la mayoría de los casos por hombres uniformados o de paisano, amenaza primordialmente a las mujeres, pero a menudo son también éstas las primeras en alzarse valerosas contra esta circunstancia sin reparar en su propia seguridad. Por consiguiente, no se una casualidad que en este año el Premio Nobel de la Paz haya sido concedido a tres mujeres africanas y que también los dos premios que entregamos aquí en Sankt Gallen hayan ido a parar a manos de mujeres, a una organización femenina de Colombia y a la señora Stirnimann-Gemsch de Suiza. Es una señal alentadora el que el papel de las mujeres en la lucha por los derechos humanos suscite cada vez más reconocimiento.

Esta lucha no ha de librarse únicamente en los países del llamado Tercer Mundo, lejos de Europa, sino también aquí en Suiza, en Alemania, en Francia, en Austria. En todas partes. Día tras día. El hecho de que el Premio Paul Grüninger haya recaído por primera vez en Suiza es un indicio claro, e incluso alarmante, de que también en nuestras latitudes se cometen injusticias, de que también aquí, en nuestra vecindad inmediata, hay personas que necesitan de nuestra ayuda, refugiados y perseguidos. La señora Daniela Stirnimann-Gemsch es un ejemplo luminoso de lo importante que es no mirar hacia otro lado aunque sea más cómodo, de lo importante que es tomar la iniciativa y ejercer la solidaridad. Las mujeres que hoy distinguimos están aquí en representación de muchas otras a las cuales también queremos recordar. Todas ellas merecen nuestro agradecimiento.

Su ejemplo es una exhortación insoslayable a cada uno de nosotros a abandonar nuestro papel de observadores pasivos o testigos indiferentes que apartan la mirada. Es una invitación a pasar a la acción, a sumarnos a quienes piensan de la misma manera. El escritor israelí Amos Oz lo expresó con una hermosa parábola: ¿Qué puede hacer un hombre sencillo que se enfrenta a una catástrofe, por ejemplo un fuego devastador que amenaza con destruir la cuadra donde vive? Amos Oz esboza tres opciones:

Lo primero que puede hacer es salir corriendo y abandonar a las llamas a los que no pueden correr por ser demasiado viejos, jóvenes o débiles.

La segunda posibilidad es escribir una airada protesta y enviarla al diputado de su distrito electoral, a una instancia oficial o al director de un periódico exigiendo la intervención inmediata.

Y existe una tercera posibilidad, que según Amos Oz consiste en poner uno mismo manos a la obra, cogiendo un cubo de agua y comenzando a apagar las llamas sin más demora. En caso de no tener cubo a la mano, hay que coger un vaso, uno común y corriente, y llenarlo una y otra vez y vaciarlo sobre las llamas. Y si ni siquiera se tiene un vaso, hay que coger una cucharilla para apagar las llamas. Una cucharilla, según Amos Oz, está al alcance de cualquiera de nosotros. Naturalmente el fuego es enorme y la cucharilla, comparada con él, minúscula; pero somos muchos millones y si cada uno de nosotros vierte una cucharadita de agua sobre las llamas, seguro que conseguiremos extinguirlas.

Para propagar esta sencilla idea de que muchas manos pueden superar incluso la más grande las catástrofes, Amos Oz creó la Order of the Teaspoon, la Orden de la Cucharilla. Y dice Amos Oz: aquellos que comparten esta actitud y no la de salir corriendo ni la de escribir cartas, o sea, los que están a favor de la cucharilla, deberían llevar una en la solapa de su chaqueta para que sepamos que pertenecemos al mismo movimiento, a la misma hermandad, a la misma orden, la Orden de la Cucharilla.

Que yo sepa, ni la Organización Femenina Popular ni la señora Daniela Stirnimann-Gensch llevan una cucharilla en la solapa, pero representan exactamente esta postura de la que habla Amos Oz. Y es de lo que se trata. Por eso las distinguimos en el día de hoy. Por eso queremos darles las gracias.

Martin Pollack, Sankt Gallen, 11 de noviembre de 2011.

Premio Paul Grüninger 2011

## **Nils de Dardel: La Organización Femenina Popular**

Presentación

La Organización Femenina Popular fue fundada en 1972.

Atendiendo a la propuesta de la Obra de beneficencia de las Iglesias Evangélicas de Suiza, en 2001 el consejo de nuestra fundación barajó por primera vez la posibilidad de conceder el Premio Paul Grüninger a la OFP. En 2007 la organización volvió a figurar entre los favoritos.

Llegado 2011, hemos decidido que ya es hora de apoyar a esta organización pues los valores que representa coinciden exactamente con los de Paul Grüninger y, por lo tanto, también con los de la fundación que lleva su nombre.

En Colombia existe un conflicto armado desde hace sesenta años. Las consecuencias que ha traído para la población son dramáticas. Se trata de un conflicto en el que los pequeños campesinos son despojados sistemáticamente de sus tierras a manos de terratenientes y multinacionales mineras, petrolíferas y agroindustriales; entre éstas figuran también empresas suizas.

La consecuencia de esos hechos es un proceso de empobrecimiento y desplazamiento de la población rural que victimiza a millones de personas. El trasfondo es un contexto de extrema violencia. En especial las personas y organizaciones sociales que se comprometen en favor de las víctimas de la violencia y las defienden, se convierten en blancos de las milicias armadas, de los llamados paramilitares, quienes dominan la mayor parte de las regiones del país.

Es así como se produce una larga serie de secuestros, torturas, maltratos y atentados contra los responsables de estas organizaciones, contra sindicalistas y defensoras de los derechos humanos.

El primer mérito de la OFP es haber sobrevivido a esta situación como organización de derechos humanos y haber podido seguir desarrollándose. Esto ha acarreado grandes peligros y sufrimientos para sus responsables. Se han producido atentados contra varias sedes de la organización, sus dirigentes han sido víctimas de maltrato y asesinato. Colaboradoras de la OFP han tenido que huir y refugiarse en otras regiones de Colombia o en el extranjero.

En las regiones donde la OFP desarrolla su actividad –sobre todo en el Magdalena Medio– se han creado casas de mujeres; son lugares de acogida, de protección, de formación para mujeres desplazadas y perseguidas. En un país, de cuyos 30 millones de habitantes una cuarta parte vive en extrema pobreza y dispone de menos de 2 dólares al día, la OFP ofrece en sus casas de mujeres alimento y asistencia. Esto se traduce en una lucha contra el hambre y la malnutrición: mercados de comestibles sin intermediarios, propaganda para la soya y la quinoa como productos de alimentación básica; comedores populares a bajo costo.

Al mismo tiempo estas casas de mujeres ofrecen alojamiento y protección a mujeres y sus familias que han tenido que huir por verse repentinamente amenazadas de muerte. La OFP, que por su parte a menudo ha necesitado la protección de observadores internacionales, ha acogido a cientos de mujeres, con sus respectivos hijos y maridos, y les ha proporcionado seguridad hasta que han encontrado una nueva forma de existencia, sea en Colombia o en el exilio.

Las casas de mujeres de la OFP también son un lugar en el que las víctimas de la violencia y las personas amenazadas pueden empezar a defender sus derechos y emprender acciones legales contra los responsables. Pues las acciones de la OFP se centran primordialmente en la defensa de los derechos humanos. Para ello la organización dispone también de centros de formación donde las mujeres reciben los conocimientos necesarios en el ámbito jurídico y de derechos humanos que las capacite para asumir tareas de dirección dentro del movimiento en pro de la defensa de las víctimas de la guerra.

Además, la OFP ha creado una escuela para arte y cultura abierta a jóvenes de ambos sexos. Esta escuela pretende dar a los jóvenes la posibilidad de desarrollar actividades artísticas y musicales, pero también deportivas, y de oponerse al reclutamiento por parte de las organizaciones armadas. Fomenta, por así decir, la oposición por razones de conciencia a todo tipo de organización armada.

En un país devastado por la violencia y la militarización –procesos que llevan firma masculina– la OFP representa las fuerzas que, oponiéndose a la guerra, luchan por la paz y la defensa de los derechos humanos de los pequeños propietarios de tierra y de la población urbana sumida en la pobreza. La OFP se ha hecho merecedora de nuestra admiración y hemos decidido apoyarla. Las mujeres de la OFP con su coraje y su clarividencia son para nosotros maravillosos ejemplos a seguir.



Nils de Dardel, Sankt Gallen, 11 de noviembre de 2011.